

milas, que llevaban armamento, municiones y caja de caudales, salió aquel puñado de españoles para cumplir el más sagrado de los deberes: la defensa de la Patria. Antes de emprender la marcha, el sargento mayor Veguer redactó la siguiente proclama, que se hizo circular por España, y que sin duda contribuyó eficazmente a generalizar el alzamiento que tan funesto fué para las tropas de Napoleón:

«Soldados españoles: El juramento que acabais de hacer espontáneamente de defender esas banderas hasta el último aliento en defensa de la Patria, de permanecer obedientes a mis órdenes, de conservar nuestra caja y de no molestar a nuestros compatriotas en los pueblos por donde transitemos, es el primer escalón por donde vais a subir a la clase de los Héroes. Madrid, desarmado con ardides de perfidia, mira con dolor rabioso los cantos de sus calles, teñidos con la sangre inocente de sus conciudadanos asesinados, y suspira por un socorro pronto. Nuestros príncipes, nuestros jefes, en opresión callan; y también gimen nuestra sagrada religión y sus ministros. Todo peligrá y corre riesgo; mas, españoles, escuchad y creedme: Yo ya no puedo resistir a un impulso; me parece oigo una voz imperiosa que me manda así diga: venid conmigo, valientes; corred en pos de mí, sin deteneros un punto; demos una vuelta a nuestro suelo, y veremos dentro de pocos días muhos millares de paisanos, de soldados descarriados, que buscan quien los dirija, unidos a nuestro Cuerpo. Organicémoslos, y con ímpetu de leones buscaremos, acometeremos en su centro, en sus retiradas, a esas tropas de bandidos y asesinos engañadores, y los despedazaremos para escarmiento eterno.»

Amanecido ya el día 25, llegaron los zapadores, después de un fuerte aguacero, a Villalvilla, de donde, después de un corto descanso, salieron para ir a pernoctar en Zebra; el día 26 pasaron el Tajo por la barca de Zorita, y marcharon a Almoracid. Al mediodía se presentó a Veguer un Oficial con una comunicación de Murat, en la que este general se extrañaba de que hubiesen salido los zapadores de Alcalá sin orden de nadie, y les aconsejaba que volviesen, prometiendo interceder en su favor para que se les intultrara. Por aclamación, jefes, Oficiales, Suboficiales y tropa, rechazaron este indulto, llenos de entusiasmo por la noble empresa que estaban llevando a cabo. En Valdeolmenas, el día 29, el cura párroco les dio la noticia del alzamiento de Valencia, con la proclama del conde de Cervellón, llamando a las armas para combatir a los franceses. Es a proclama fué leída por Veguer a la tropa, al frente de las banderas y recibida con entusiastas gritos de ¡Viva Español! ¡Viva Fernando VIII! el día 30 de mayo, día de S. Fernando, Patrón de los ingenieros, se hallaron en el pueblo de Villar del Horno, donde celebraron fiesta, oyendo un Te Deum y haciendo tres descargas, al mismo tiempo que aclamaban a la Nación y al Rey legítimo. Evitando el

paso por Cuenca, marcharon a Arcos, a Carbonera, y llegaron el día 1.º de Junio a Villora, en donde supieron el alzamiento de Aragón. Pasaron por Camporrobles el 2 de junio, el día 3 por Utiel, por Buñol el 4, llegaron a Cuarte el día 5, desde donde Veguer mandó al Subtiente Manzanares a Valencia con un pliego para el Capitán General.

No habiéndole sido posible llegar hasta él, se presentó al Conde de Cervellón, dándole cuenta de la intención que abrigaban los zapadores de entrar en Valencia, a lo cual se le contestó que podían hacerlo, siempre que entregasen las armas como lo había hecho toda la guarnición. Manzanares respondió que antes que entregar las armas los ingenieros preferían morir con ellas en las manos. Se retiró Manzanares a Cuarte, dando cuenta a Veguer de su comisión; aquella misma tarde llegó de Valencia el permiso para que entrasen en aquella ciudad con armas, haciéndolo triunfalmente el día 7 de junio en medio de las aclamaciones del pueblo, siendo arengados por el Capitán general y por el conde de Cervellón; éste solicitó y obtuvo el honor de entrar en Valencia mandando la primera compañía.

El feliz éxito de tan arriesgada y patriótica empresa, fué el mejor premio de los leales ingenieros aquella fué la primera tropa organizada que, con banderas desplegadas, proclamó la independencia de España. ¡Orgulloso puede sentirse el Cuerpo de Ingenieros de aquellos Oficiales, Suboficiales, clases y soldados!

Los jefes y Oficiales que habían quedado en Alcalá, al recibir el 6 de Junio orden de Murat para que se trasladara a Madrid, decidieron, en vez de esto, marchar a Zaragoza: así lo hicieron el Coronel Pueyo, los sargentos mayores Zappino y Sangenis, y los capitanes y subalternos Busamante, Bayo, Quiroga, Cortines, Rodríguez, Roján y Caballero, quienes tomaron parte activísima en las gloriosas defensas de la inmortal ciudad. El jefe de estudios de la Academia, Coronel Cabrer, se unió cerca de Valencia a la compañía de zapadores, y el día 20 de junio salieron de Madrid, fugándose el general Samper, comandante general del Cuerpo y todos los jefes, Oficiales y soldados que allí había. A todos ellos se les concedió una cruz de distinción llamada de la «Fuga de los Zapadores», que para los que salieron de Alcalá el día 24 de mayo, llevaba la inscripción: «Mi lealtad y valor te conservaron», y para los que en junio y julio partieron de Alcalá y de Madrid: «La lealtad y el valor nos decidieron». El acto que acabamos de narrar es uno de los que mejor dan testimonio de la fidelidad de los ingenieros al juramento que habían prestado de «a toda costa defender a España». Aquellos bravos expulsaron gustos su porvenir y su vida para sacudir el yugo extranjero, rebelándose contra su dominación.

Faltos de recursos materiales, contando solo con su indomable valor, pero sostenidos por la fe en la bondad de su causa, resolvieron los zaragozanos, en 24 de mayo de 1808, resistir a los ejércitos